

de doscientos venturosos bofetones á mi bolsa. Declarélos todo el suceso, y ellos, encareciendo el atrevimiento y exagerando el riesgo, me llevaron á hacer consulta del remedio á la audiencia de una taberna, y despues de haber hojeada los Bártolos de media docena de platos y los Baldos de una docena de garrafas, me pidieron cuatro de á ocho para gastar en espías y informarse con todo secreto de la agraviada y de su sirvienta, si se habia querellado á algun galán suyo; y asimismo para andar en seguimiento de los que la entraban á visitar, para ver si en saliendo de su casa venian en busca de la mia. En conclusion, cada día me daban avisos falsos con personas echadizas de que habia dado cincuenta escudos á unos esmarchazos del país para que me dividiesen la facha ó me faciasen; y cada día se me agregaban mas valientes para andar en busca de ellos, haciéndome contribuyente de todos por persuadirme que por sus respetos y por saber que era camarada de tantos hombres honrados, no se atrevian á ofenderme, y que me convenia andar de día con escolta, y á boca de sorna con patrulla, siendo todo una mentira y embeleo y una pública estafa. Tuve suerte de encontrar una tarde á la criada de la parte ofendida, á la cual, por ir cercado de tanta valentía, me atreví á llegar á hablarla, no diciéndoles quién era; y dándole quejas del rigor de su ama en pagar á quien me matase, habiéndole hecho tantos servicios, me aseguró con todos mil juramentos que aun no le habia pasado tal por la imaginacion, y antes estaba muy arrepentida de lo que me habia dicho, y muy pesadosa porque no habia vuelto á su casa; porque despues que la habia dejado, tenia muy pocas visitas ó ningunas; y que para que mas me satisficiera de la voluntad que me tenia, que leyese aquel billete que traia, con el cual habia mas de una semana que me andaba buscando para dármele, y que la respuesta fuese el ir yo mismo á desenojarla, porque seria bien recibido; y que ella, aunque pobre criada, salia por fiadora de cualquiera riesgo ó daño que sobre aquel particular me viniese. Recibí el papel, y dándole entero crédito á la pucheril embajadora, le di un real de á ocho para alfileres por la buena nueva que me habia dado; y prometiéndole que haria lo que su señora me mandaba, me despedí de ella, y ocultando el billete, me volví al corrillo, adonde me esperaban. Fuí con ellos á palacio, dándome por desentendido de la picardía que conmigo habian usado, pues me habian hecho sentir mas el miedo que habia tenido que no el dinero que habia gastado. Llegamos al cuerpo de guardia, y diciéndoles que me aguardasen, que subia á hablar á su excelencia, me aparté para siempre jamás de aquella cuadrilla de pretendientes de galeras y solicitadores de horcas. Paréme en las escaleras á leer el papel de mi bien costosa dama, el cual decia de esta forma:

«Señor gallego romano, Hombre de chanzas y burlas, Que ha probado todos bodrios, Y campado de garulla;	Con mas flores que verano, Y mas conchas que tortuga; «Postillon de Alcalá á Húete, Gentilhombre de la bufa, Residente de bodegos, Y asistente de bayucas;
«Mas raído que bayeta, Mas descollado que grulla,	

«¿Cómo, ingratonazo amante,  
Despues de darme una zurra,  
Y jugar de carambola  
Con cuatro mil garritas,  
«Has dejado á tu carrasca,  
Quizá por buscar carrascas  
Y por chamuscarme en celos,  
O te guñas ó te afufas?

«Tortollita me contempla,  
Que en lugar de llanto arrulla,  
Por saber que aquesa flor  
Es del berro ó la de Osuna.  
«Vuelve á casa, pan perdido,  
Pues me tienes vagamunda,  
Que tu persona apetezco,  
Y renuncio tu pecunia.»

No me pesó nada de ver los versos, aunque por ellos me trataba como quien soy y como quien su merced era, porque al fin me satisfacía mas de lo que la criada me habia asegurado. Y entrándome á visitar á su excelencia y coger los ciento del pico, no salí de palacio hasta el cuarto del alba, haciendo á mis valientes estar toda la noche á oscuras y sin cenar y aguardándome al sereno. De allí adelante di en no entrar en cuartel y de no salir de los palacios de los señores, hallando por mi cuenta que si durara un mes mas el andar en la compañía que andaba sustentando el ejército de vagamundos que cargó sobre mis hombros, que me fuera forzo volver á ejercitar mis antiguos oficios ó sentar plaza de soldado. Porque ha llegado á tal estado la malicia, que ya no hay descuidada madre que en reconociendo las faltas de su hija y sobras de nietos de diferentes padres, como quesos de muchas leches, no se consuele con decir que no le faltará á su cordera un soldado con quien casarla: el negro del llanto es que se vienen á cumplir sus no santas profecías. No hay hombre, por bajo y humilde que sea, que en viéndose que por sus defectos no cabe en el mundo ó que no halla quien le dé un bocado de pan, que luego no se acoja á la inmunidad de estesagrado. Ya un apenas los tales han sentado la plaza, cuando todos quieren ser parejos con los demás que nacieron con obligaciones, á los cuales los suelo yo decir con la preeminencia de mi chanza que membrillos cocidos y caracoles crudos no son todos unos. Dejéme la tropa de caimanes tan remontado de cuentas, que llegándose el tiempo de la embarcacion, hubo menester vender parte de mi retámara. Y por no parecer ingrato á mi abofeteada cortesana ni faltar á la correspondencia que debe tener una persona de mi autoridad, le respondí á su billete el romance siguiente:

«Madama doña embeleo,  
Mas lamida que alcuzcuz,  
Mas probada que piñata,  
Mas chupada que orozuz;  
«Mas batida que una estrada,  
Mas navegada que el Sur,  
Mas combatida que Rodas,  
Mas gananciosa que un flux;  
«Tan Circe de los novatos,  
Que con saber que eres pu-  
Silánique pecadora,  
Te hacen todos rendibí;  
«Garitera perdurable  
Del juego del dingandux,  
Tarasca de las meriendas,  
Y del dinero avestruz;  
«Ya no hay Bras, ni hay pan perdido,  
Que á tu gran ingratitud  
Le he cantado ya el per omnia,  
Despues de hacerle la cruz.  
«Solo estoy arrepentido  
De que te hice la buz  
Y de haberme zambullido  
Por lastre de tu laud.»

«Adios te queda, que parto  
A ver á Calatayud,  
Por no ser de tu galera  
El forzado de Dragud.»

Cerré el papel, y dándosele á un vinatero conocido mio, se lo puso en sus manos, saliendo sin aguardar respuesta como lo habia ordenado. Fuíme á embarcar, por haber tirado la capitana pieza de leva. Hice llevar mi baul, observando el adagio que dice: Al embarcar el primero, y á desembarcar el postrero; metilo á lo príncipe en la popa de la capitana, llevando para el matalotaje del largo camino veinte frascos de vino y veinte sardinas saladas y diez panecillos bizcochados y otras menudencias de regalos de dulces, para quitar el amargor de la boca despues de las grandes polvaredas. Iba el armada naval llena de infantería y caballería, levantada en aquel reino para rehacer con ella los ejércitos de España, y por cabo de toda ella don Pedro de Arellano, caballero de la órden de Santiago, llevando en la capitana, demás de mi persona, á muchos caballeros y señores particulares, y particularmente á don Melchor de Borja, general de las galeras del dicho reino, y un obispo de la órden del seráfico Francisco y al reverendísimo padre fray Juan de Nápoles, general de la dicha religion en la provincia de España, y otros muchos frailes que iban á ella á capítulo general que de presente se hacia. Partimos de Nápoles con viento en popa y mar en bonanza, dejando llena la amenidad de aquella playa de madres que lamentaban por sus hijos, y casadas que lloraban por sus maridos, y de solteras que suspiraban por sus amantes. Entremetíme con todos los señores, y por haberme encomendado el Virey al general, tenia particular cuidado con mi persona; que si como he tenido ventura con señores, la hubiera tenido en armas y en amores, quedara inmortalizado entre los varones heroicos y entre los amantes de renombre; pero las armas me han desmayado el corazon, y las damas me han afligido las bolsas. Llevábamos ocho cocineros, que trataban de nuestro regalo, y sirviendo yo de sobrestante de todos, abastecía la mesa y comia de lo mas sazonado. Bebia tan sin compás, que siempre servia de lio en la popa, ó de estorbo en la proa; por cuya razon los soldados unas veces me despojaban sin ser enemigos, y otras me daban humazo sin ser atalaya, y otras me punzaban con alfileres sin ser morcilla; llegando á tal extremo sus desenvolturas y mis bien quejados agravios, que mandó el general que pena de estar seis horas de cabeza en el cepo quien me llegase á hacer mal ni inquietase mi perdurable reposo, y para mayor defensa mandó que me pusiesen un soldado de posta cuando á no poder mas me reclinaran los vapores y me atarquinara el sueño.

Llegamos á dar fondo á la isla de Mallorca, reino muy fuerte y abastecido, y sobre todo muy barato, y ilustrado de mucha nobleza. Salté una mañana en tierra, y por desear los frios humores marinos, tomé tal lobo terrestre de aguardiente, que excedí á mi retador polaco en tercio y quinto; y al salirme á tomar el aire, por desistir el gran bochorno, salió la aguardentera tras

mí pidiéndome la paga de lo que habia bebido. Yo, sin respetar sus tocas, pareciéndome que era algun animal que me servia de estorbo á mi camino, le di tal envion, que le hice á su despecho sentarse en tierra. Levantóse como vibora pisada, y cerrando conmigo, me dió tal puñetazo en la barriga, que me provocó á restituírle por la boca toda su aguardiente, dándole con él un baño, que la cubrí de arriba abajo. Ella, hallándose afligida, comenzó á dar voces y llorar su vestido, mientras yo con bascas mortales tomé posesion de siete piés de nuestra comun madre. A este tiempo acertó á pasar el general, y compadecido de verme rendido y lastimado de oír, aunque de léjos, á la remojada aguardentera, mandó que se le diese á ella un patacon, y que á mí me llevasen los marineros á su capitana, donde fué menester para entrar en ella virarme con el cabrestante, porque mas puede y pesa un lobo racional que no dos irracionales. Salimos aquella tarde de aquel puerto, y al cabo de doce días que habiamos partido de Nápoles, llegamos á dar vista á la deseada España, sin haber encontrado en todo el camino ni enemigos que nos perturbasen ni tormenta que nos inquietase, atribuyéndolo todos, despues de la voluntad del cielo, á la ventura del general; pues habiendo hecho otros tres viajes, siempre habia llegado á salvamento; que no consiste en solo tener valor el que gobierna, sino en tener dicha para conseguir sus resoluciones.

## CAPITULO XII.

En que prosigue su llegada á España, y de dos ridículos casos que le sucedieron con una moza de posadas y un moderno ingeniero; de la merced que le hizo su real majestad, y de un nuevo galanteo que le sucedió en ella, y de los demás acaecimientos que tuvo hasta llegar á San Sebastian.

Desembarquéme en Vinaroz con todos los señores que iban en aquella armada, y la gente de guerra fué á desembarcar á los alfaques de Tortosa. Púsose en camino de Zaragoza don Melchor de Borja, y yo, por ahorrar de gasto y triunfar á costa ajena, lo fui acompañando, y por ser el viaje que yo habia de hacer. Llegamos en el fin de una jornada á una villa llamada Híjar, que está en el reino de Aragon, y entrando en una de sus mejores posadas, por hacer frío, me fuí derecho á la cocina; y hallando en ella una adamadilla fregona, olvidado del uso de la tierra, le tomé una mano y se la besé, y ella, corrida de que le tratase como á padre de confesion ó como á misa cántano, alzó un trapo de cocina, y dióme tal golpe con él en medio de la cara, que me quitó el sitio de todo el cuerpo; y al tiempo que trataba de desagraviarme y de armar la fullona, me hallé cercado de toda la familia, cerrando de tal suerte con el pobre Estebanillo, que si no acuden al socorro los criados de don Melchor de Borja, vengo á morir de achaque de un beso. Sacáronme de poder de aquella caterva, y viéndome libre de ellos, empecé á decir á grandes voces: ¡Oh bien haya dos mil veces Flándes, y dichoso y bienaventurado quien vive en él, pues allí con la mayor llaneza y sencillez del mundo se apalpa, se

besa y galantea, sin sobresaltos de celos ni temores de semejantes borrascas; cuya libre preeminencia y acostumbra comunicación es causa de muchos aciertos en la gente ordinaria, pues obligados los extranjeros de la cortesía y afabilidad que hallan en sus metresas y del amor que todo lo vence, llega una pobre doncella, en virtud del casamiento, á ser madamisela, é infinidad de ellas á madamas! Y diciendo no hay tan Flándes en el mundo, me retiré al aposento que me habian señalado.

Entramos la segunda semana de Cuaresma en la ciudad de Zaragoza, que el que goza de su grandeza y regalo puede ser envidiado de todos. Es corte y cabeza del reino de Aragon, y en esta ocasión custodia y defensa de Castilla, y resguardo de Navarra; cuya amenidad de campos y fertilidad de árboles, aumentando los anales de su fama, acreditan y multiplican la inmortalidad de su nombre; y animada y vanagloriosa de príncipes y señores que la califican, ha llegado á merecer ser hoy segunda corte de España y habitación de su invencible leon. Supe en ella cómo mi amo el duque de Amalfi, despues de haber recibido mil honras y mercedes de su real majestad, y muchos presentes de sus grandes, se habia embarcado para Flándes á gobernar las armas. Sentí de tal manera su partida, por lo que yo estimaba estar en su servicio y por la falta que me hacia y por haber hecho el viaje en balde, que no sé cómo no me caí muerto de pesadumbre; pero animándome lo mas que pude, me salí á divertir y á contemplar el caudaloso y cristalino Ebro, que con labios de plata besa los piés de los altivos muros de aquella insigne ciudad, y siendo procreado de las copiosas corrientes de Navarra, viene á servir de espejo á esta antigua Cesar-Augusta, depositaria de multitudes de vírgenes, de millares de santos y de inmensidades de mártires. Fuí un día á su abundante plaza del Pilar, adonde el patron de las Españas dejó á la que, siendo emperatriz del cielo, es defensora de aquel reino. Y despues de haber hecho oracion en su templo angelical, salí á ver aquel espacioso y abundantísimo mercado, el cual estaba lleno de atun fresco, de truchas salmonadas y de mil diferencias de pescados, así de su cercana mar como de su convecina ribera. Aficionéme á unas sardinas sarpsadas, ó ya fuese por ser su precio moderado, ó por ser apetitosas á la bebida; y comprando media docena de ellas y una óchena de pan, me retiré á una taberna de vino blanco, que por ver entrar y salir mucha gente de ella, me persuadí que no amargaba el bodrio, pues tantos tunantes acudian á la sopa. Asáronme las sardinas, y á solo el olor que daban estando en las brasas, me bebí media docena de tazas de vino, y despues al sabor diez y ocho. Preguntéle á la huéspeda cuánto era lo que le debia. Y mirándome con mucha atención de piés á cabeza, me dijo: Vuesa merced no se ha bebido mas de veinte y cuatro tazas de á dos dineros; si yo tuviera veinte y cuatro parroquianos tan buenos oficiales, mi marido fuera en breve tiempo veinticuatro de Sevilla. Yo le pagué lo que me pidió, asegurándole que aquello

era una niñería y un breve desayuno para lo que yo acostumbraba á beber; y ella, haciéndose muchas cruces, me rogó muy encarecidamente que no echase su casa en olvido, que me daba palabra que otro día, por solo mi respeto, empezaria una bota de vino tinto, que era el mejor que habia en aquella ciudad. Despedíme de ella, prometiendo no faltarle mientras á mí no me faltase el dinero.

Salíme á la calle del Coso, segundo cásara de Palermo, y hallé hecho el distrito de su cruz otras segundas gradas de San Felipe, adonde fuí conoiedo de muchos soldados de Flándes, Alemania é Italia, con los cuales me fué fuerza hacer camarada, por no andar solo y por tener con quien conversar. Estaban esperando á su majestad, porque se decia que estaba de partida en Madrid para venir á aquella corte; y en el ínterin tambien yo, como pretensor, y que llevaba carta de la Emperatriz, su hermana. Dimos en visitar la taberna de blanco y tinto, aunque mis visitas eran tan cortas, que allí me salia el sol, y allí me hallaba la luna. Hacíase en este tiempo en una aldea cercana de esta ciudad una fiesta, á devocion de un mártir de aquel reino, á cuya fama acudia mucha gente de toda la comarca; y por no tener que hacer yo y dos camaradas soldados de Flándes, nos fuimos á divertir y entretener á la dicha aldea, y en el camino fué cada uno discurrendo sobre sus pretensiones. Dijo el que parecia de mas autoridad que se habia ocupado todo un año en leer un libro que trataba de fortificaciones; y que aunque era verdad que no tenia ninguna experiencia, porque habia muy poco que habia venido á servir desde el reino de Nápoles, su patria, que tenia tan en la memoria todo lo contenido en el libro, que se atrevia á decirlo, sin errar una sílaba, tan bien como el Ave María, y venia á suplicar á los señores del consejo de guerra le diesen licencia para sentar plaza de ingeniero y gozar del sueldo que gozaban los demás de aquel género; que lo que á él le faltaba en experiencia, le sobraba en ciencia. Dijo el otro compañero que él habia servido en la caballería, y que en la batalla de Rocroy habia sido su compañía desbaratada; yéndose él retirando para ampararse al calor de nuestra infantería, un teniente de nuestras tropas, pensando que era francés, por ir en tal traje, por ser hábito mas desembarazado y libre que los demás para hacer el amor y montar á caballo, le habia seguido y dado un pistoletazo y dos cuchilladas; y que despues de haberse librado de sus fieros golpes y puesto en salvamento, en virtud de haber tenido buen caballo y dado al diablo el primer inventor de trajes ajenos, siendo tan bueno y honesto el suyo, que habia pedido licencia, por haber quedado estropeado del brazo derecho, y que habiendo llegado á Madrid y presentado sus papeles ante los señores del consejo de guerra, por no haber sido las heridas dadas por el enemigo, en castigo de querer ser arrendajo de francés y vestirse de dominguillo, con porpúen estrecho y con gregüescos con bragueta encintada, no le habian querido hacer merced, antes le habian roto todos los papeles de sus servicios y remitido el

memorial al parlamento de Paris, para que le premiase, cuando no los servicios, por lo menos el aficion de quererlos imitar en el uso del vestir; y que así se habia venido como persona desesperada á andar mendigando.

Con estos discursos llegamos á la aldea á la una de la tarde, y hallamos en su plaza dos compañías de labradores, la una de moros con ballestas de bodeques, otra de cristianos con bocas de fuego. Tenian hecho de madera en la mitad de su dicha plaza un castillo de mediana capacidad y altura, adonde habian de estar los moros; y el día venidero, cuando la procesion llegase á su vista, la compañía de los cristianos le habia de dar asalto general, y despues de haberlo ganado á los moros, los habian de llevar cautivos y maniatados por todas las calles, dando muchas cargas de arcabuzos en señal de la victoria. Tenian dos danzas, la una de espadas y la otra de cascabel gordo, y cuatro toros que correr; por lo cual estaba el anchuroso distrito todo lleno de andamios, y todas las entradas de sus calles cerradas con talanqueras. Estaba toda la puerta de la iglesia colgada de paramentos, y pendientes de ellos veinte y cuatro premios para premiar los veinte y cuatro mejores sonetos que se hiciesen en alabanza y pintura de una rosa, que al alba es boton y capullo, á medio día flor, y á la tarde despojo. Los premios eran cintas y guantes, bolsillos y un par de ligas de color. Habia al tiempo que llegamos á esta académica colgadura mas de veinte sonetos de estudiantes y de personas de don y rumbo, que asimismo habian venido á ver la fiesta. Yo, por ser tentado de la poesía, me acerqué á leer aquella selva de variedad de musas. Era su compostura tan realzada y culta, que mas me pareció prosa griega que verso castellano. Leílos todos sin entender ninguno, y le dije á un estudiante que estaba cerca de mí que me hiciese merced de declararme aquel género de poesía y decirme si tal lenguaje era armenio ó caldeo. A lo cual me respondió que no se atrevia á declararlo, porque él tenia allí uno, que era parto de su ingenio, del cual esperaba llevar el mejor premio, y á querer darme la significacion de él, se hallaria confuso y no saldria con ello, porque lo que de presente andaba valido era el gongorizar con elegancia campanuda, de modo que pareciese mucho lo que no era nada, y que no lo entendiese el autor que lo hiciese ni los curiosos que lo leyesen. Porque en no remontándose un poeta, sino abatiéndose á raterías de escribir con lisura, pan por pan, y vino por vino, no solamente no era estimado, pero tenian sus versos por versos de ciego. Llamé á mis camaradas, que el uno estaba divertido en ver las danzas, el otro en darle vueltas al castillo, midiéndolo todo á piés y nivelándolo con un compás; y con achaque de beber un trago, para aliviar el cansancio del camino, los llevé á una taberna, para ver si acertaba mi pluma á remontarse sobre aquella vascuensa jerigonza. Y pidiéndole á la huéspeda un jarro de vino y recado de escribir, nos retiramos á una pequeña sala, adonde nos dieron lo que habia pedido. Púsemos á escribir, el ingeniero á pinarse, y el otro á beber. Levanté los ojos buscando un

consonante, y vi al peinado matemático, que habiendo desembaulado de una de sus faltriqueras un gran papelón de harina, se estaba rociando con ella un largo y encrespado cabello que tenia; no pudiendo detener la risa, le dije que si trataba de freir la cabeza, pues la enharinaba tanto. A lo cual me respondió: Hermano Estebanillo, cada uno campa con su oficio y vive con su ingenio, si acaso lo tiene; y así, mientras vos quereis ganar premios con vuestros disparates de Juan de la Encina, me aseó yo para representar lo que soy y hablar al concejo de esta aldea sobre los yerros que tiene la planta y fortificacion del castillo; que estoy cierto que he de sacar yo mas en media hora con mi matemática que no vos en un año con vuestra poesía. Replíqueme que si importaba al caso, para que lo respetasen, el ir enharinado como besugo. Respondíome que no ignoraba yo que en Flándes servia aquello de gala y de secar el pelo, y que era uso de gente de porte, y que por habérsele acabado unos polvos olorosos que habia traído de allá para el efecto, se aprovechaba de los de la harina, y que hallaba por experiencia, y que lo habia fundado en buena matemática, el ser mucho mejores y mas baratos; porque siendo el trigo el rey de las legumbres y el patriarca de las plantas y yerbas, era fuerza que fuese su harina ó polvo la nata y flor de todo lo referido; y que así lo pensaba dar por escrito é introducirlo cuando volviese á los Países-Bajos. Con la buena conversacion ó polvareda, dí yo fin á mi soneto, él á su nevada peinadura, y el otro, que tenia mas juicio que nosotros, al jarro. Salimos todos juntos á la plaza, despues de haber pagado lo que habiamos hecho de gasto, y apartándome de ellos, llegué á la puerta de la iglesia, y en el referido paramento prendí con un alfiler el soneto que habia hecho al nivel que estaban todos los demás, cuyos versos eran los siguientes:

Ebúrnea de candor, fenix pomposa,  
Débil boton, brondoso brujulea,  
Zafir menuda, armíto golosca,  
Siendo dosel tributa payprosa.  
Maravilla epigrama procelosa,  
En canícula fiesta titubea,  
Pues solsticio Faeton, ninfa Febea,  
Precipicios inunda jactanciosa.  
; Oh inico trance y trémulos fulgores!  
Contemplarse al albor regio edificio,  
Y yantando en atril de ruseñores,  
Ser al ocase infausto sacrificio,  
Y sombra mustia lo que al alba flores,  
Siendo de Ceres frágil desperdicio.

Apenas estaba colgado el compendioso globo de bernardinas y dislates, cuando, como si fuera cartel de justa real, se llegó todo el novelero vulgo á leerlo; y celebrándolo por no entenderlo, y ensalzándolo porque presumiesen que no lo ignoraban, sacaron mas de veinte traslados de él; y por hallarse presentes los jueces académicos, me dieron por premio las referidas ligas, aunque mal dadas y peor merecidas, quedando con todos en opinion de segundo Góngora. Y apartándome de la tropa de mil cultos versificantes, me fui en busca de mis camaradas, santiguándome de que hubiese llegado á ver tiempo que se premiasen chanzas y bachillerías, y

no ingenios. Hallé al estropeado encolerizado con los soldados de la compañía de la Suiza, diciéndoles á qué lado habían de llevar los arcabuces los que iban á la parte de afuera de hileras, y cómo se había de calar la cuerda, y á cuántas hileras había de ir la bandera. Y aunque lo quise apartar de allí, diciéndole que para qué se metía en lo que no le iba ni venía, pues aquellos labradores no eran gente de guerra ni estaban obligados á saber las leyes de la milicia, no pude desarraigarlo de la compañía, respondiéndome que no parecía bien que los forasteros que viniesen á aquella fiesta hiciesen burla de aquella pobre gente, habiendo allí soldados viejos, como ellos lo eran, para doctrinales. Dejélo con su tema, y yéndome paseando por la dicha plaza, vi que en un rincón de ella estaba el matemático con el cabildo y concejo, que se habían juntado á su pedimento. Acerquéme un poco para ver de qué materia se trataba, y puesto el oído como vaquero que ha perdido novillos con cencerro, oí que mi camarada le estaba diciendo al alcalde que era un valiente ingeniero, y que tendría á particular favor, para darse á conocer en España, que su merced le ocupase en lo tocante á su profesión, pues de presente tenía muy bien en qué. El alcalde le respondió que lo habían engañado en hacerlo venir á aquella aldea, porque en ella no había ingenio ninguno, que en Mótril los había muchos y buenos de azúcar, y que allí, siendo tan eminente como decía, sería muy bien recibido. El replicó que su ingenio no era de azúcar, sino de hacer fortificaciones, y que habiendo visto que la de su castillo estaba errada, según las reglas de Euclides, y que no sabrían los soldados, por ser bisonos, hacer circunvalación ni abrir ramal de trinchera, por eso los había hecho juntar á sus mercedes para que se fuese ganando palmo á palmo, sin que llegase á haber inundación de sangre, mediante lo cual quedaría aquella pequeña república eterna. El regidor respondió: No son tan bisonos nuestros soldados como vuesa merced los hace, pues en esta convalación ó convalencia que es necesaria sabrán hacer muy fuertes ramales y bien torcidas sogas, porque además de no haber en toda esta comarca quien los lleve ventaja, cogemos en esta aldea el mejor esparto que hay en todo el reino; en lo demás, porque dé fama nuestra fiesta, vuesa merced disponga á su gusto, que todos estos señores del concejo le ayudarán con todas veras. Dijo el soldado que lo primero que se había de hacer era añadir y poner dos caballeros al castillo. El jurado le respondió: Eso no le dé á vuesa merced cuidado, porque esta tarde y mañana al amanecer vendrán aquí muchos y muy calificados de Zaragoza, y por hacernos merced se pondrán en la parte que les ordenare, y si fueren menester damas, lo alcanzaremos de la misma suerte. Advirtiós el soldado que los caballeros que decía habían de ser labrados de tierra. Respondióle el sacristán que los caballeros de aquel reino y de todo el mundo que no eran de bronce ni de acero, sino de tierra y polvo, como el mas pobre villano, y que para dársele á entender la iglesia, el miércoles de ceniza les decía al po-

nérsela: *Memento homo*, etc. Insistiales el soldado que mandasen juntar á todos los labradores, para abrir un cordón que cogiese todo el contorno de la plaza, para que el castillo quedase sitiado. Respondióle el alcalde que para abrirlo y cerrarlo que él y sus compañeros bastaban; pero que la dificultad que se les ofrecía era que no se hallaría en la tienda cordón que fuese tan largo, porque todos los que se vendían en ella eran cortos y claveteados; pero que podría suplir la falta un listón, pues campearía mas y sería mas agradable á la vista. Estaba el soldado tan grave y espetado y tan divertido en la gente que se le había juntado, que no atendía á los despropósitos que le respondían. Preguntóle al regidor que si tenía en los almacenes provision de zapas y palas. El cual le respondió: Señor ingeniero, en esta aldea hay muchos zapas, porque es muy abundante de gatos; zapas, si no son las hembras de este linaje, no hay otras ningunas; mas en lo que toca á palas, tendríamos cuantas quisiéremos. Pidióle el soldado que le trajese un par de ellas, para ver si eran de munición; y llegándose el jurado á una de las mas cercanas casas de adonde se hacia el ayuntamiento, le trajo una pala grande de madera, con que en aquella tierra se junta y traspala el trigo; y llegando muy vanaglorioso, se la puso en las manos al señor matemático, diciéndole: No por falta de palas se dejará de hacer la fiesta, porque en un cuarto de hora me atrevo á juntar doscientas de estas; y si no le agradare esta hechura, y las quisiere mas largas, le haré traer cuantas se hallaren en los hornos. Díjoles el soldado que aquellas no eran de provecho, porque habían de ser de hierro las distancias de las anchuras de las bocas, porque con aquella era imposible abrir trinchera para desembocar el foso. El sacristán, haciéndose cruces, le respondió que en su vida no había oído los nombres exquisitos y extravagantes que iba nombrando, ni que tal había escrito en su breviario; pero que á él le parecía que la trinchera era cosa forzosa que se abriese con trinchete, según su derivación; y que si era así, que allí había un zapatero de viejo que los tenía muy buenos y muy afilados, y que en un pensamiento le abriría, como quien rebaña tajadas de melón.

Estaba tan turbado el pobre soldado de ver que todos cuantos estaban en su rueda, pensando que había dormido entre algunos sacos de harina ó que apostase la habían echado, pensando lisonjearle, se llegaban á él, y unos con las manos, y otros con los ferreruelos, y otros á soplos le iban deshollinando el cabello y enjalgando el vestido, que no advertía en que lo que hablaba con aquellos villanos y lo que le respondían era hebraico, por ser gente que no lo entendía, ni ataba ni desataba con su loca pretension, y con todo esto no dejaba de proseguir en su tema. Díjole al alcalde que para el castillo y hacerle brecha había menester media docena de cañones. A lo cual respondió que aunque fuera una docena se los podía dar al punto el sacristán, porque los tenía, como hacia el oficio de escribano, de los mejores gansos que se hallaban en toda Francia. No

digo cañones de escribir, dijo el soldado, sino piezas gruesas. Respondióle el alcalde: De esas, gracias á Dios, tenemos hartas de lienzo casero y de muy buenas frisas. Yo, que estaba reventando de haber tenido tanto la risa, soltándola toda de un golpe, di causa á que todos me mirasen, y no de buen talante, y porque no sospechasen que era haciendo burla de ellos, les dije que la causa de haberme reído había sido de ver á aquel señor ingeniero, mi camarada, en figura de mozo de molinero, hablar tan culto con sus mercedes, que ni era entendido ni se daba á entender, pues las piezas que pedía eran de artillería, de las que traen los ejércitos para defensa y ofensa. A esto respondió el alcalde que era pedir gollerías, porque no tan solamente no las había en el aldea, pero que la mayor parte de sus moradores ni las habían visto ni oído. Mi camarada, medio enfadado de que yo hubiese llegado á interrumpirle sus designios, le dijo al alcalde que supuesto que no había piezas con que abrir brecha para dar el asalto, que sería forzoso que le diese media docena de barriles de pólvora, para hacerle mina al castillo y volarle un lienzo. Respondióle el regidor: Esos son los que no hallaremos por ningún dinero; pero se los daré á usted de anchovas, que las puede comer el mismo Rey; y para que las pruebe y vea que tengo buen gusto, mientras vamos al encierro de los toros, por ser ya hora, se irá con el señor jurado á una pequeña posada que está aquí cerca, que yo le enviaré un plato de ellas para que se regale con su camarada; y cuanto se hiciere de costa hoy y mañana en ella, les pagaremos con mucho gusto, y esta noche nos veremos y trataremos de lo que se ha de prevenir para que nuestra fiesta no tenga ningún defecto, ya que Dios nos ha traído á tan buena ocasión dos tan excelentes matamicos. Dióme gana de reír, pensando que si el regidor sin conocerme nos llamaba matamicos, si nos hubiera visto en la taberna de Zaragoza, con justa causa nos pudiera llamar matamonos y matorras.

Pasó el jurado delante de nosotros, y juntándose á este tiempo con el ingeniero el otro soldado, nos llevó á un pequeño hodegoncillo, y dió orden y facultad al huésped, que se llamaba Pero Anton, para que nos diera de comer y beber cuanto quisieramos, que el concejo lo pagaría. Y volviéndose muy de prisa, por causa de dicho encierro, nos dejó tan bien alojados, que con el luquete del plato de anchovas que nos trajo un hijo del regidor henchimos de rayas toda una pared. Acomodamos razonablemente al patron de casa, el cual, por no dar muestras de su flaqueza y por darnos alegría, por lo bien que despachábamos su mercancía, nos empezó á tocar un tamboril y una flauta. Yo y mis camaradas tomamos por estribillo el decir: Toca, Pero Anton, que la aldea lo paga. Y al son del chiste y paloteado, le comimos cuanto tenía en su casa, menudeando tan apriesa los cuartillos, que faltando pared adonde rayarlos, fué necesario ir cruzando las rayas sencillas y convirtiéndolas en dieces. Hizose el encierro, acudiendo á él muchos nobles de Zaragoza, á los

cuales el alcalde alojó en su casa, y contándoles lo que había pasado con el ingeniero, le dijeron que sin duda debía ser algún loco, porque aquello se hacia en la guerra, y no en la paz, y que si abría cordón ó trinchera en la plaza, que cómo se habían de correr los toros, y que quién había de querer estar en el castillo si lo batía ó volaba. Acertóse á hallar en esta conversación el que hacia el capitán de los moros, y viendo que él había de ser el batido ó volado, partió como un rayo á querer matar al matemático. Detuviéronle los caballeros y el alcalde, reportándole, con darie por castigo al que le quería hacer tanto daño, sin ser su enemigo ni haberle ofendido en su vida, que pagase la costa que había hecho, y que él y sus camaradas se saliesen al punto de toda aquella jurisdicción. Vino el sacristán á notificarnos el auto, á tiempo de que el ingeniero estaba blasonando de que por él se hacia aquel gasto, y que pensaba sacar muchos ducados de aquel pequeño concejo, porque estaba satisfecho que no había otro como él en todos los ejércitos de la cristiandad. Cuando oímos el riguroso fallo, los dos nos quedamos mudos, y mi estudiante de un año y sin maestro, atónito y embelesado. Requiriéndonos el sacristán que nos saliésemos con mucha brevedad, porque estaban conjurados contra nosotros todos los moros, por haberlos querido volar siendo bautizados; y que si nos deteníamos allí, demás de la pena del señor alcalde, nos matarían ellos á puro bodocazos. Llamé á Pero Anton, con mas miedo que vergüenza, y le dije que supuesto que lo gastado no lo pagaba el aldea, sino nosotros, que nos mirase con ojos de piedad, pues lo habíamos preservado á él de los barriles y cañonazos. El cual, como he dicho, por estar de buena data ó por temer que la morisma no nos hallase en su casa, nos hizo buen partido, pagamos cada uno su parte, andando á puto el postre por quien había de pagar primero, y no ser el postrero en salir de la casa y de la aldea. En efecto, despachamos con brevedad y con la mayor presteza que pudimos.

Llegamos antes de la media noche á las murallas de Zaragoza, adonde en el portal de un convento nos estuvimos hasta el alba, dando al diablo el libro de las fortificaciones, y al salvaje que tan poco provecho había sacado de él. Venida la mañana, entramos en la ciudad, la cual hallamos alborozada y llena de fiestas y regocijos, por entrar aquel día en ella su majestad, habiendo salido á recibirle todos los títulos y caballeros y toda la demás nobleza. Yo y mis compañeros, olvidando con la buena nueva la mala noche y por celebrar la entrada, nos fuimos á nuestro devoto tabernáculo á hacer hora y á ver á mi buena tabernera, que además de haber sido desde el segundo día que entré en su casa la tesorera de mis dineros, siempre que me veía me hacia mil halagos. Bebía yo tan desafortunadamente de aquel licor zaragozano, que mis camaradas me habían muchas veces reído, diciéndome que mirase que aquel vino no era francés ni italiano, sino español puro y sin trampas, y que aunque eran las co-